

El diario de Alicia

Llevamos ya dos meses acampadas en el infierno. Marta se refiere a él como el país de las maravillas, pero yo creo que mi denominación es bastante más certera. Quedamos atrapadas después de que un enjambre de Lotitos nos pillara por sorpresa. Son inofensivos para los humanos, pero cuando nos quisimos dar cuenta se habían comido totalmente la puerta de metal por la que vinimos.

Nuestro grupo era de seis personas. Cuando conseguimos acampar quedábamos cuatro. Somos gente muy competitiva, por lo que se nos ocurrió intentar aumentar nuestras posibilidades de supervivencia por medio de un juego. La última que perdiera totalmente la cabeza sería la ganadora. Aún sin un premio real, el juego es lo único que ha hecho que aguantemos tanto tiempo con vida, supongo que nuestro ego y nuestro orgullo son más fuertes que nosotras mismas.

La primera en perder fue Carla. Hace tres semanas encontramos su cuerpo, amordazado cerca de un Espirador. Seguramente algunos habitantes la dieron caza, le taparon la boca para que no pudiera emitir sonidos y la soltaron por la zona para torturarla. Los Espiradores me resultan graciosos. Son áreas en las que la tierra filtra un gas que, aspirado suficiente tiempo, provoca alucinaciones e induce un estado de pánico del que poca gente ha salido con vida. Lo cómico es

que el gas está principalmente formado por helio, y la única forma de detectar que está entrando en tu organismo es porque tu voz se hace más aguda. Es importante hablar periódicamente para asegurar que no estás dentro de un Espirador. Carla murió dándose cabezazos contra un árbol.

La siguiente fue María. La semana pasada durante una expedición encontramos algo que no habíamos visto antes, y no hay nada más peligroso en el infierno que la falta de información. Era un lago de agua salada con un tono ligeramente amarillento. Sin saber que el agua estaba salada, Marta probó a beber un trago y al ver la cara que puso me entró la risa. Hicimos el tonto un par de minutos y cuando volvimos a centrarnos en María vimos que estaba de rodillas en la orilla, mirando fijamente su reflejo. Llamamos su atención, pero la persona que nos miró de vuelta no era la misma que conocíamos. Su cara era idéntica, pero su mirada había cambiado. Tenía el iris amortecido, sus pupilas no tenían fondo y los párpados le colgaban cómo una sábana tendida, tapándole la parte superior del ojo. Volvimos corriendo a la base, y la dejamos descansando con la esperanza de que al despertarse se encontrara mejor. A la mañana siguiente intentó asesinarlos. Tuvimos que hacer lo correcto.

Lo que hacemos aquí no sirve para nada. Ahora quedamos dos y ambas sabemos que realmente somos una sola. Si una de las dos cae, el juego terminará y la otra no tendrá ningún motivo para seguir con vida. Espero no ser yo quien consiga la victoria.